José Manuel Pedrosa
Federico García Lorca y la campana de La Vela
(sobre la *Gacela IV* del *Diván del Tamarit*)
Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo. LXXXVIII, Nº 2, 2012, 303-350

FEDERICO GARCÍA LORCA Y LA CAMPANA DE LA VELA (SOBRE LA *GACELA IV* DEL *DIVÁN DEL TAMARIT*)[1]

A Mario Hernández

"Solamente por oír la campana de la Vela…"

El *Diván del Tamarit* es el poemario quizá más maduro y depurado de Federico García Lorca: fue concebido, al parecer, hacia 1922, desarrollado en años posteriores y rematado poco antes de su asesinato en 1936, lo que impidió que el poeta lo viera publicado. Contiene una serie de *gacelas* y de *casidas* inspiradas, en cierta medida, en la poesía amorosa del Al-Andalus medieval cuyas primeras exhumación, traducción al castellano y reivindicación, en la época del poeta granadino, le deslumbró a él y a algunos otros ingenios españoles sensibles y avisados, que se reencontraron así con una de las raíces, hasta entonces muy olvidadas, de nuestra cultura y nuestra literatura. Otras influencias vagamente orientales, como la de las *Poesías asiáticas* del conde de Noroña (que

[1] Este artículo se publica dentro del marco de la realización del proyecto de I+D del Ministerio de Ciencia e Innovación titulado *Historia de la métrica medieval castellana* (FFI2009-09300), dirigido por el profesor Fernando Gómez Redondo, y del proyecto *Creación y desarrollo de una plataforma multimedia para la investigación en Cervantes y su época* (FFI2009-11483), dirigido por el profesor Carlos Alvar. También como actividad del Grupo de Investigación Seminario de Filología Medieval y Renacentista de la Universidad de Alcalá (CCG06-UAH/HUM-0680). Agradezco sus consejos para mejorarlo a mi sabio amigo Mario Hernández, sin cuyas indicaciones estas páginas serían mucho peores. Mi gratitud también para Josemi Lorenzo y Pedro M. Piñero.

habían sido publicadas en 1833, años después de la muerte del conde en 1815), dejan oír también sus ecos, mezclados con los andalusíes, en el *Diván* lorquiano.

Pero entre las resonancias arábigas y las ambiguamente orientales se coló alguna otra de índole localmente folclórica y granadina, indudablemente más cercana y familiar para el poeta, que ha tenido que aguardar para que algunos ingredientes de sus orígenes y algunos hilos de su poética pudieran ser mejor percibidos y desentrañados.

Los que, por ejemplo, impregnan y articulan la hermosísima *Gacela IV*:

Del amor que no se deja ver

Solamente por oír
la campana de la Vela
te puse una corona de verbena.

Solamente por oír
la campana de la Vela
desgarré mi jardín de Cartagena.

Solamente por oír
la campana de la Vela
me abrasaba en tu cuerpo
sin saber de quién era[2].

La edición que sigue siendo de referencia del *Diván del Tamarit*, la de Mario Hernández (1981 y 1989), no incluye ningún comentario ni ninguna glosa de estos versos, como si las penumbras que envuelven la mayoría de los enigmáticos poemas que le acompañan dentro de este difícil y atormentado libro se tornasen aquí tupidas sombras.

Y, sin embargo, algo sí que será posible poner en claro acerca de las fuentes del poema cuando cotejemos sus versos con una serie de canciones populares y de ritos y de costumbres inmemorialmente granadinos que giran en torno a la Campana de la Vela cuya cuerda acudían a tocar las mozas (y algún mozo también) cada 2 de enero en La Alhambra, en la creencia de que tal acción propiciaría su casamiento dentro del año que empezaba.

Nos espera un largo y complejo muestrario de versiones y de etnografías explicativas. Tantas que intentaremos atender antes a las primeras

[2] García Lorca, 1989: 66.

y dejar las segundas para después. Empecemos remontándonos hasta junio de 1883 y hasta el escritor costumbrista ecijano Benito Más y Prat, autor de un artículo, más de impresiones románticas que de etnografía, que en *La Ilustración Española y Americana* dedicó a "La torre de la Vela" y a la campana homónima que dominan la Alhambra granadina:

> Hay un expresivo cantar popular, cuyo sentido no es posible comprender si no se ha visto caer la luna sobre la Muley-Hacen o ponerse el sol tras los picachos que rodean la antigua morada de los Alhamares.
>
> Helo aquí:
>
> Quiero vivir en Granada,
> porque me gusta el oír
> la campana de la Vela
> cuando me voy a dormir[3].

La canción, tenida como emblemáticamente granadina en 1883, y tradicional seguramente desde bastante antes, debió ser tan conocida que un vate anónimo que gustaba de contrahacer canciones populares o de crear falsificaciones neopopulares en las páginas de la prensa ideó esta en 1892:

> Quisiera estar en Granada
> solamente para oír
> la campana de la vela
> y lo que dicen de ti[4].

En el año 1931, un vecino de la ciudad de León se quejó de que el sonido de las campanas de las iglesias no le dejaba dormir por la noche, y obtuvo del ayuntamiento de la ciudad su proscripción. Ello provocó protestas a favor y en contra, entre ellas la de un articulista que publicó en un diario madrileño una prueba adicional y algo extravagante de lo popular que debía ser nuestra canción:

> Nosotros, después de múltiples ensayos, hemos comprobado que con ruido de campanas es imposible dormirse. Aquel que invento la *granaína* esa que dice:

[3] Más y Prat, 1883: 22.
[4] Sancho Panza, 1892.

Porque me gusta *el oí*,
la campana de la Vela,
cuando me voy a *dormí*…

era un embustero. ¡Literatura![5].

La canción ha seguido encontrando abrigo en las páginas de cancioneros granadinos compilados, de la tradición oral, a finales del siglo XX. La segunda estrofa de esta versión tiene todo el aspecto, por cierto, de ser falso añadido tardío:

Quiero vivir en Granada
solamente por oír
la campana de la Vela
cuando me voy a dormir;

ese *sonío* que tiene
que me hace recordar
cuando Boabdil la dejaba
y al verla se echó a llorar[6].

Fijémonos, por otro lado, en esta otra cancioncilla oral, que solo difiere de la anterior en las palabras asonantes: oír / escuchar, dormir / acostar:

Quiero vivir en Granada
para poder escuchar
la campana de la Vela
cuando me voy a acostar[7].

Si atendemos además, aunque sea ya en segundo orden, a estas otras estrofas, bien arraigadas en las tierras y campos de Granada, podremos entenderlas como estrellas de una constelación más amplia, que desborda los contornos de un conjunto acotado de canciones y se abre a aires cruzados y a vetas vivas y cambiantes:

La campana de la Bela
no tiene tanta balumba

[5] "Han oído campanas", 1931.
[6] Escribano Pueo, 1994: núm. 825.
[7] González Bedoya, 1982: 24.

como tienes tú, morena,
en ese cuerpo sandunga[8].

Campana, la de la Vela,
no siento en el mundo más
que tengas tan mal sonido
teniendo tan buen metal.

La campana de la Vela
despierta a los regadores,
y a mí también me despierta
a pensar en mis amores.

La que toca el dos de enero
la campana de la Vela,
se casa dentro del año;
si no, se queda soltera.

En lo alto de la Vela
hay una campana *e* plata:
cuando suenan sus metales,
dicen "¡que viva Granada!".

Tres cosas tiene Granada
que no las tiene Madrid:
la campana de la Vela,
la Alhambra y el Zacatín.

En la torre de la Vela
voy a poner un letrero,
que diga a toda Granada
que por ti me estoy muriendo[9].

Todas estas canciones líricas, vivas en la anónima voz del pueblo granadino que antes, durante y después de Lorca ha entretenido con ellas sus amores y sus ocios, apuntan, sin duda, no solo hacia la fuente textual, más o menos concreta, de la misteriosa *Gacela IV* del *Diván del tamarit*, sino también hacia algo más amplio, complejo, difícil de aprehender: ha-

[8] Rodríguez Marín, 1882-1883: núm. 1463.
[9] González Bedoya, 1982: 23 y 24.

cia su tradición poética y su contexto etnográfico. Marcos indispensables para iluminar estos versos y muchos otros de los poemas de Lorca, desde las rimas, músicas, ideas, creencias que acunaron y educaron el oído y la sensibilidad del poeta (y folclorista, en el sentido más legítimo de la palabra). Basta hacer un rápido cotejo de las tres estrofas paralelísticas de Lorca,

> Solamente por oír
> la campana de la Vela
> te puse una corona de verbena.
>
> Solamente por oír
> la campana de la Vela
> desgarré mi jardín de Cartagena.
>
> Solamente por oír
> la campana de la Vela
> me abrasaba en tu cuerpo
> sin saber de quién era,

con las dos cancioncillas populares granadinas que dicen

> Quiero vivir en Granada
> solamente por oír
> la campana de la Vela
> cuando me voy a dormir.
>
> Quiero vivir en Granada
> para poder escuchar
> la campana de la Vela
> cuando me voy a acostar,

para que sobre todos estos versos parezca que se derrama nueva luz: Lorca debió escuchar cantar, quién sabe a quién o a quiénes (posiblemente a muchos, y muchas veces), versiones similares, o parecidas a esta, de la canción popular; las reciclaría en una de sus habituales exhibiciones de bricolaje poético, del que resultaron tres estrofas paralelísticas cuyos dos primeros versos reproducían literalmente los versos segundo y tercero de la canción popular (si aceptamos como aproximadamente modélicas las versiones de "Quiero vivir en Granada…" que nosotros hemos localizado); y, en el desarrollo ulterior, rompería con el modelo folclórico y en-

samblaría versos en estilo bien diferente, anisométricos, surrealistamente lorquianos, para lograr ese aspecto de curioso pastiche oral-escrito que tiene esta *gacela*.

Versos, los ensamblados, de amor sin duda carnal y apasionado: *coronado*, *desgarrado*, *abrasado*:

> …te puse una corona de verbena.
>
> …desgarré mi jardín de Cartagena.
>
> …me abrasaba en tu cuerpo
> sin saber de quién era.

Y versos, estos también, reciclados de los de la tradición oral y las canciones infantiles que no se apartaron nunca de la memoria sentimental de Lorca, como aquella que se entonaba en Fuentevaqueros:

> Pasimisí, pasimisá,
> por la Puerta de Alcalá,
> la de adelante corre mucho,
> la de atrás se quedará.
> Verbena, verbena,
> jardín de Cartagena[10].

Versos, en fin, de raíz oral que se incrustan y reverberan en otros poemas de Lorca:

> Pasé por el jardín de Cartagena
> la verbena invocando…[11].
>
> Soñar en la verbena y el jardín
> de Cartagena, luminoso y fresco…[12].

Sobre algunos otros rasgos de poética de la *gacela* lorquiana solo se pueden hacer conjeturas, aunque con muchas más garantías, sin duda, de las que podíamos alcanzar antes de llegar hasta sus irrebatibles modelos orales.

[10] Fuentes, 1991: 45.
[11] García Lorca, 1998: 70.
[12] García Lorca, *Mariana Pineda,* 2006: 87.

En primer lugar, el desarrollo paralelístico, en tres estrofas, del poema del *Diván del Tamarit*, podría perfectamente ser una *amplificatio* ideada y ejecutada por el poeta; pero bien podría, igualmente, ser una imitación de presumibles estrofas paralelísticas populares que andarían corriendo de un lado a otro en la tradición oral, repitiendo y variando ligeramente la misma fórmula matriz. Ya hemos localizado nosotros dos estrofas muy parecidas, hermanas en todo excepto en los versos asonantes, de la fuente folclórica concreta de Lorca (las demás que hemos aducido son planetas más lejanos dentro de esa constelación), que apuntan a que podrían ser cantadas como series paralelísticas que quién sabe si podrían llegar a contener más piezas análogas. Las que comienzan "Quiero vivir en Granada / solamente por oír…" y "Quiero vivir en Granada / para poder escuchar…".

Y sabemos de la familiaridad y el gusto de Lorca por este tipo de canciones, a las que dio cabida, por ejemplo, en su *Colección de cantares populares:*

> Debajo de la hoja
> de la verbena
> tengo a mi amante malo,
> ¡Jesús, qué pena!
>
> Debajo de la hoja
> de la lechuga
> tengo a mi amante malo
> con calentura.
>
> Debajo de la hoja
> del perejil
> tengo a mi amante malo,
> no puedo ir[13].

Otra relevante cuestión de poética: Lorca repitió insistentemente, como versos primero y segundo de cada una de sus estrofas paralelísticas, la fórmula

> *Solamente por oír*
> *la campana de la Vela…*

[13] García Lorca, 1981: 158. Sobre la estructura paralelística de esta canción en concreto, y sobre la poética del paralelismo tradicional en general, es imprescindible ver el artículo de Piñero, 2010.

que en la canción folclórica ocupa, en cambio, los versos segundo y tercero:

> Quiero vivir en Granada
> *solamente por oír*
> *la campana de la Vela*
> cuando me voy a dormir.

¿Por qué? Pues acaso porque así lo decidió él, desde la omnipotencia que en relación con sus versos asiste a todo poeta. O acaso también porque la versión oral que hasta sus oídos pudo haber llegado antepondría acaso (repitiéndolo después) tal verso, de un modo que es absolutamente común en el momento de la ejecución de la canción folclórica, que suele convertir muchas veces, mediante la repetición de un verso, cuartetas en quintillas. Así podría ser ese hipotético modelo:

> *Solamente por oír*
> quiero vivir en Granada,
> *solamente por oír*
> *la campana de la Vela*
> cuando me voy a dormir.

Otra cuestión más: las canciones entonadas por el pueblo en relación con la campana de la Vela han sido variadas y profusas, y han debido tener arraigo, durante generaciones, en Granada y en sus aledaños, según prueba el breve pero sustancioso repertorio que reproduje anteriormente, dentro del cual descuella alguna estrofa de contenido amoroso que cuadra muy bien con el tono dolorido y agónico de la *gacela* lorquiana:

> En la torre de la Vela
> voy a poner un letrero,
> que diga a toda Granada
> que por ti me estoy muriendo.
>
> Aunque entre todas ellas hay una, la que canta
>
> La que toca el dos de enero
> la campana de la Vela,
> se casa dentro del año;
> si no, se queda soltera,

que nos tiende un hilo muy singular, al que volveremos enseguida, hacia uno de los rasgos más relevantes de la curiosa etnografía de la proverbial

campana granadina: la superstición que asegura que la muchacha soltera que la toca en ese fecha temprana del calendario se echará novio o incluso se casará dentro del año que comienza.

La familia García Lorca y la campana de la Vela

Antes de seguir, convendrá que nos informemos algo más acerca de la relación estrecha y emotiva, prácticamente familiar, que mantuvieron Federico García Lorca y su familia con la campana de la Vela, cuya vista desde ventanas y balcones de las varias casas granadinas que habitaron, y cuyo doblar inexorable, acompañaron durante muchos años (antes y después de que se instalaran en la Huerta de San Vicente en 1925) sus días, sus trabajos y sus ocios: entre ellos, muchísimos versos y prosas de los que escribió en cualquiera de sus estudios granadinos el poeta.

Hasta tres veces son mencionadas la campana o la torre de la Vela en las memorias de Isabel García Lorca, la hermana que evocó como nadie el hogar y el entorno en los que había vivido y se había inspirado Federico, y que nos señala cómo buena parte de su vida y de su obra se desarrollaron al son de la campana y a la sombra de la torre:

> Todo esto ha desaparecido: las horas, las campanadas. Mi madre distinguía, y Federico lo aprendió enseguida, el distinto son de cada iglesia. ¡Pobre de mí, yo solo distinguía la Vela y la Catedral! Era preciso a la hora de la oración oír decir a mi madre: "Ya toca la Virgen, ahora san Matías, ahora los Escolapios, ahora san Luis".
>
> ¡Hay tantas campanas y campanadas en su obra! Para crear una emoción mayor en el gran juego del "cuarto de los leones", Federico solía cambiar a su antojo las campanadas del reloj de la escalera; eran un elemento muy importante en la representación. Pero tengo que decir que la incorporación de estos elementos escenográficos causó algunas veces trastornos domésticos bastante cómicos, porque cuando era la hora de cenar, daba la hora de merendar, y a Dolores, que no leía el reloj y estaba a veces fuera de este mundo, le producía inevitables equivocaciones.

Federico después del almuerzo, se llevaba un gran vaso a su despachillo, pues en la Acera del Casino tenían él y Paco un cuarto grande y un estudio pequeño, donde a mí me gustaba mucho ir a leer cuando ellos no estaban. Había un balcón desde donde se veía el cerro de san Miguel con su ermita y la torre de la Vela. Ese balcón está muy presente en la obra de Federico. Viendo aquel paisaje escribió mucho hasta el año 1933.

La huerta de san Vicente, en aquellos tiempos, tenía una vista mara-

> villosa, como lo es todo lo que se ve en Granada (o, mejor dicho, se veía, porque están destruyendo no solo la ciudad sino su paisaje). Veíamos la sierra, el Albaicín, la ermita de san Miguel y la Alhambra, la torre de la Vela, la muralla de san Cristóbal, y estábamos entre el verdor de la Vega[14].

No extraña, a la vista de lo cerca que tuvo siempre Lorca, física, sensorial y sentimentalmente la campana de la Vela, que esta asome tres veces también en su obra. Y que aparezca, por cierto, las tres veces sonando, cantando. Detalle digno de un poeta y de un músico, y bien significativo si lo comparamos con las tres veces que aparece citada la Vela en las memorias de su hermana Isabel: una sola vez *se escucha* en ellas la campana, por dos veces que *se contempla* la torre.

Su primera aparición, y además con rango protagonista, es en la muy juvenil *Fantasía simbólica* que publicó Federico en un *Homenaje a Zorrilla* voluntarioso y colectivo con que tributó homenaje la ciudad de Granada al literato vallisoletano que había sido cantor de sus bellezas cuando se cumplió el centenario de su nacimiento en 1917. En aquel primerizo y evocador diálogo en prosa poética sobre fondo granadino entretejió García Lorca las voces de la propia campana de la Vela con las de "La voz", "El Darro", "La voz de Ganivet (con sonido de rosa marchita)" y "La ciudad (con voz de campana)".

Muy en resumen, la casi adolescente *Fantasía* lorquiana evocaba una especie de certamen entre las famas de Zorrilla y de Ganivet, dos grandes escritores que dieron celebridad a la ciudad (el primero de ellos porque la reflejó en sus obras, el segundo porque nació en ella). La campana de la Vela dirime la rivalidad sentenciando que los dos fueron excelsos, aunque Ganivet quede al final como un tanto celoso y acomplejado.

He aquí un extracto de la *Fantasía*:

> Sobre las torres cobre y bronce de la Alhambra flota el espíritu azulado de Zorrilla. El viento tiembla y el bosque tiene sonidos metálicos y de violoncelos, las esquilas de los conventos, están llorando lágrimas de hierro y castidad… La campana de la Vela está diciendo una melodía tan grave y augusta, que los cipreses y los rosales tiemblan nerviosamente.
>
> *La campana de la Vela*:
>
> Cuando sueno tan triste y muriente es porque lloro algo que se fue para siempre… Mi amada la ciudad fue cantada por un hombre tan enamorado de ella que llegué a tener celos de él… pero cuando se fue

[14] García Lorca, 2002: 47, 117 y 269.

de la tierra su espíritu pasó por aquí, me dejó en mi alma de hierro su corazón… Yo soy el corazón del poeta y mis sonidos son sus latidos. Por eso, cuando sueno tan desolada y melancólica en las noches granadinas, es porque lloro la voz del que suspiró por mi amada…

[…] *La voz de Ganivet* (con sonido de rosa marchita):

Mientes, mientes; el enamorado de Granada fui yo y mi espíritu inquieto y atormentado está escondido para verla mejor en las heridas de la vega. Yo soy el que ama a la ciudad romántica con amor de fuego. No la pude cantar, porque el agua de hielo me fascinó y me escondí en sus senos…

La campana:

También eres tú grande y amante de la moruna ciudad. Tú y Zorrilla sois sus trovadores geniales… Pero tú te apagaste… y Zorrilla vivió…

El río (muy fuerte):

Ya sé quién sois. Muchas veces os miré, y vuestras bocas de púrpura bebieron de mi sangre… Los dos sois grandiosos, los dos me amabais con locura… Los dos sois todo corazón.

La ciudad (con voz de campana):

¡Salve! ¡Salve![15].

En otra prosa lírica del primer Lorca, la que llevaba el título de *Sonidos* y fue recogida en sus *Impresiones y paisajes* de 1918, vuelve asomar, ahora más tímidamente, la campana de la Vela:

Canta muy fuerte el río. Las luces parpadeantes de las callejas albaycineras, ponen temblores dorados en las negruras de los cipreses… Lanza la Vela su histórica canción… En las torres, se ven lucecillas miedosas que alumbran a los campaneros…

Silba el tren a lo lejos[16].

Volverán a dejarse sentir los ecos de la campana de la Vela en la bellísima *Gacela IV* de *El diván del Tamarit*, del Lorca más evolucionado y maduro.

Amores, desamores y entografías de la campana de la Vela

Es el momento ya de que nos explayemos un poco más sobre el significado ritual y cultural de la campana de la Vela, que tan vivo reflejo

[15] El poema fue publicado en el *Homenaje a Zorrilla,* 1917: 50. Sigo la edición de Laffranque, 1953: 298-300.

[16] García Lorca, 1994: 153.

parece que ha dejado en la vida, en el imaginario y hasta en la poesía (en la oral y en la escrita) de los granadinos de no pocas generaciones, empezando por Lorca.

No atenderemos a su impresionante currículum histórico, que, teniendo en cuenta que la torre que la aloja se halla dentro del perímetro de La Alhambra, podemos dar por muy venerable. Baste apuntar que no faltan en su biografía rayos que han dado sobre la torre, reconstrucciones, cambios de emplazamiento, restauraciones y refundiciones de la campana, etc.[17]. Tampoco nos extenderemos sobre la función social que durante siglos ha cumplido esta campana (como tantas otras), cuyo sonido agudo y luminoso alcanzaba a un conjunto de pueblos que formaban y forman, en base a ello, una especie de arciprestazgo y de mancomunidad de identidad bien definida, y regía no solo el ritmo de las horas, sino también el régimen de riegos, tal y como recordaba una de las cancioncillas que ya hemos conocido: "La campana de la Vela / despierta a los regadores…". La campana cumplía también a veces las funciones de avisar de incendios, catástrofes y cualquier otra desgracia.

La campana de la Vela, y ello nos permite enlazar con el casi siempre ansiosa o dolorosamente enamorado Lorca, estaba y está, todavía hoy, estrechamente asociada a los afanes y a las penas del corazón. Desde hace muchas generaciones, aún hoy, las mozas solteras granadinas acuden cada 2 de enero, en las fiestas de aniversario de la toma de Granada, a tocarla o a hacerla sonar, en la creencia de que, si cumplen con tal rito, ese mismo año se echarán novio o se casarán.

Mucha documentación atestigua la costumbre. Los documentos que a continuación voy a desgranar fueron publicados en la prensa periódica de todo el siglo XIX y de los inicios del XX, y serán muy iluminadores al respecto. Algunos son reportajes periodísticos, otros cuadros de costumbres o crónicas de viajes, o páginas de novela sentimental y desmayada. Disculpe el lector lo abigarrado de su secuencia y lo reiterativo en ocasiones de su información, pero lo cierto es que su lectura nos dará una idea inmejorable de lo que significaba la Campana de la Vela para los granadinos en general, y de lo que, como atentísimo observador de las tradiciones de su entorno, pudo significar para Lorca en particular:

> Hoy es el glorioso aniversario de la toma de Granada; todos los pueblos de sus inmediaciones quedan desiertos por venir a celebrar tan

[17] Toda la información imaginable se puede hallar en Jiménez Díaz, 1997.

fausto acontecimiento, y disfrutar de tan gratos recuerdos. Ni el artista trabaja, ni las tiendas se abren; en fin, es un día festivo para los granadinos.

Por la noche una graciosa iluminación decora las almenas de las murallas y torres, dando a estos paisajes la vista más encantadora y pintoresca. Amanece, y se oyen los ecos de la penetrante campana. Todos corren con presura a la solemne función de iglesia y procesión del pendón glorioso: este año ha ido en ella el nuevo ayuntamiento, el cabildo eclesiástico, el seminario de san Cecilio, y el piquete correspondiente a la Guardia Nacional. Después de haberse tremolado el pendón por el regidor D. Cristóbal de Urbina principió la misa resonando durante ella en las encumbradas bóvedas de la catedral la música militar. Se pronunció un discurso histórico por el célebre patriota ex-religioso, Fr. Andrés de la Merced; y concluyeron estos magníficos cultos, volando en seguida la multitud a la Real fortaleza de la Alhambra donde está el paseo en semejantes días; allí mil Ciceronis muestran a los aldeanos las preciosas antigüedades, el magnifico palacio de Boabdil, mezclando en su narración mil patrañas, como la de que se ve aún en las losas de la sala de abencerrajes la sangre de aquellas víctimas. Apresúranse también a tocar la indicada campana de la Vela los mozos y doncellas de las aldeas, creyendo ser esto de tan buen agüero, que el que no lo hace no puede casarse en el año que comienza. Mil grupos repartidos acá y allá en las inmediatas colinas danzan al son de la alegre rondeña y otros bailes provinciales.

(*El Español: Diario de las doctrinas y de los intereses sociales* el 7 de enero de 1835, p. 3).

Este año, como todos, se ha celebrado con gran pompa y aparato el glorioso aniversario de la conquista de Granada […] En la Vela no se cabía: las robustas aldeanas de la Vega, las mozas de servicio y otros y otras se disputaban la cuerda de la campana, confiados en que este año se casarían, según la preocupación vulgar.

El teatro, así por la tarde como por la noche, tuvo llenas todas sus localidades, y los revendedores hicieron agosto. La fiesta en la Metropolitana y en la capilla de los

Reyes fue todo lo grandiosa que debía. La concurrencia por todas partes numerosa.

Lo repetiremos antes de concluir: el pueblo que con tanto entusiasmo solemniza el gran día en que se dio por terminada la lucha que sostuvieron por 700 años sus padres, el pueblo que así se engríe con el recuerdo de la aurora de las glorias españolas, es todavía grande y se pueden esperar de él grandes cosas.

(*El Clamor Público: Periódico del Partido Liberal*, 10 de enero de 1849, p. 3).

En Granada, la primera que en esta festividad logra tocar la campana de la Vela, se casa infaliblemente aquel año; pero en Granada, lo mismo que en Málaga, llevan algunas treinta años de repetir sus *esperimentos*, y aun permanecen solteras.

Muchachas, no tengáis pena, que todas tendréis salida, que dijo un poeta mal intencionado, por lo cual no concluimos su copla.

(*El Heraldo*, 29 de junio de 1852, p. 3).

S. M. la Reina se ha declarado hermana mayor de la hermandad de Nuestra Señora del Rosario de Granada, concediendo a la misma el privilegio de tocar la campana de la Vela desde la víspera del primer domingo de octubre hasta puesto el sol del mismo día, en que se celebra la fiesta. Ambas noticias se han recibido en Granada con repiques, cohetes y *Te-Deum*.

(*La España*, 13 de mayo de 1854, p. 3).

Varios vecinos de Granada han solicitado permiso del gobierno para tocar la histórica campana de la Vela cuando se reciba la noticia de la toma de Tetuán.

(*La época*, 20 enero de 1860, p. 4).

Después de la voz chillona del guardián de la noche me sorprendió igualmente, pero de un modo agradabilísimo, la de una campana, la más vibrante y dulce que he oído jamás.

Era la campana de la Vela, la atalaya de Granada, el reloj de la Vega. ¡Qué recuerdos trae! Pero otra vez hablaremos de ella. Ahora, recordando la antigua y popular copla:

Quiero vivir en Granada
porque me gusta el oír
la campana de la Vela
a la hora de dormir.

(Luciano García del Real, "Granada: primeras impresiones de viage", *La moda elegante: periódico de señoras y señoritas*, 14 de septiembre de 1869, p. 6).

Concluido de ver el palacio árabe, el guía nos condujo a las torres que servían un tiempo de atalayas de la fortaleza. ¡La torre de la Vela! Al subir por sus destruidos escalones nos sonaba en el oído esa preciosa copla granadina que dice:

Quiero vivir en Granada
porque me gusta el oír

la campana de la Vela
cuando me voy a dormir,

cuyo encanto no se comprende hasta que en el silencio de una de esas noches andaluzas, en las que la luna ilumina las cumbres de Sierra-Nevada, se percibe el solemne tañido de la campana que preside como misterioso centinela nocturno a la distribución del riego.

Esta torre servía a los árabes de atalaya en sus guerras con los cristianos. Cuando penetraron los Reyes Católicos se tremoló en su cima, por vez primera el pabellón cristiano, en cuyo recuerdo todos los años el 2 de enero, aniversario de la conquista, se enarbola la bandera y se toca la campana, cuyos tristes tañidos más parecen árabes elegías que de aquellas moriscas ruinas se escapan, que cristiano canto de victoria.

Desde la torre de la Vela se percibe un panorama sublime: aún más extenso de lo que la vista puede abarcar… (Alfredo Escobar, "La Alhambra: III", *La Época*, 2 de junio de 1879, p. 1).

Al salir el sol este día, repítense los cañonazos, que recuerdan los que desde Santa Fé oyeron los Reyes Católicos, y comienza de nuevo a tocar la campana de la Vela, que ni un solo instante cesa hasta que el sol se pone. Esta campana se toca metódicamente todas las noches, para anunciar la hora a los labradores de la Vega y servirles de gobierno en la distribución de los riegos. De día solo se oye el día y la víspera de la toma, y el de la fiesta de Nuestra Señora del Rosario, aniversario de la batalla de Lepanto.

Es tradición entre las gentes del pueblo en Granada y sus contornos, creer que los jóvenes solteros de ambos sexos que el día de la toma tocan la campana de la Vela se casan antes de un año. No hay, pues, para qué decir que aquel día no se necesita campanero; al contrario, una pareja de la guardia civil no basta a veces para poner orden entre las muchas gentes que se disputan la cuerda. Muchos jóvenes labradores concurren a Granada desde los más apartados pueblos de la Vega, solo para ver la fiesta y tocar la campana.

El alegre sonido de esta despierta a los granadinos, que salen a la calle bien de mañana vestidos de fiesta (Manuel Alonso y Zegrí, "La conquista de Granada", *La Ilustración Católica,* 21 de agosto de 1880, pp. 222-224, p. 223).

La niña que toca la campana de la Vela el mismo día de la conquista de Granada se casa dentro del año.

(L. Giner Arivau, "Supersticiones populares VI", *La América*, 8 de agosto de 1883, pp. 14-15).

Se ha extinguido completamente el rumor de las fiestas, y en los vecinos jardines de la Alhambra se escucha tan solo el murmullo de las fuentes y el del aire manso que agita las hojas de los altos árboles.

De cuando en cuando, solemne y vibrante, escúchase el tañido de la campana de la Vela. Recordemos la copla:

Quiero vivir en Granada
solamente por oír
la campana de la Vela
cuando me moy a dormir.

(Fernández Shaw, "La Coronación de Zorrilla", *La Época*, 18 de junio de 1889, p. 2).

La campana de la Vela anuncia con sus tañidos que ha llegado el día del aniversario de la toma de Granada. El fanatismo de las doncellas granadinas llena los bolsillos del *conserge* de la Torre de la vela, pues es idea muy arraigada que la soltera que toca la campana en este día irremisiblemente se casa en el año; por eso acuden multitud de aldeanas desde todos los pueblos de la provincia, y todas depositan diez céntimos en poder del campanero ("Las fiestas de la toma de Granada", *La Época*, 3 de enero de1887, p. 2).

¡Dos de Enero! ¡Festival solemne para los granadinos! La campana de la Vela, durante veinticuatro horas, es el punto de mira, el objeto de cariño de mozas y mozos. La mujer o el hombre que durante ese día haga sonar la gran lengua de hierro de la campana, contrae matrimonio sin duda en el mismo año.

¡Os explicáis ahora porqué es la campana de la Vela, durante el día 2 de enero, la ilusión inseparable de la graciosa muchacha granadina? […] Ella sonríe, le mira, titubea, le mira otra vez, avanza un poco, vuelve a mirar, se decide, y mueve la gran lengua de hierro. ¡La campana ha sonado! No fueron sus sones como clamor de guerra, no como nuncio de catástrofes, no para anunciar el riego: fue una grandiosa sinfonía que palpitó en los aires, que llenó el mundo, que llegó a los cielos y entró en los poros de la tierra y en los cálices de las flores, cantando siempre: "¡Amor!… ¡Amor!"

(M. Martínez Barrionuevo, "¡Misericordia! Novela española: conclusión", *La Ilustración Hispano-Americana*, 6 de diciembre de 1891, pp. 751-754, p. 752).

En conclusión citaremos todavía una muy curiosa propiedad que por lo visto tiene únicamente la renombrada campana de la Vela, de la ideal y sin par Alhambra.

Dice la tradición granadina: "La muchacha que toca la campana de la Vela, en Granada, el día 2 de Enero de cualquier año, es afortunada en amores durante todo él". En Granada el día 2 de Enero se celebra anualmente el aniversario de la entrada de los Reyes Católicos en aquella ciudad, la cual tuvo lugar en dicha fecha del año 1492, como es sabido. Por consiguiente, la Alhambra está de fiesta y manan todas sus fuentes, siendo visitada por inmenso gentío, y en virtud de la *transcrita* superstición, las jóvenes se dirigen hacia la torre donde se halla la campana de la Vela, la cual está todo el día dale que dale, por no soltar la cuerda las manos de crédulas muchachas que allí acuden presurosas para poder tocar la fascinadora campana y ser afortunadas en amores… todo aquel año, cuando menos.

Quiero vivir en Granada
porque me gusta el oír,
la campana de la Vela
cuando me voy á dormir.

(El curioso barcelonés, "Algunas contestaciones para el Averiguador Popular de *El Liberal*", *Revista Contemporánea*, enero de 1903, pp. 541-554, p. 553).

La mañana ha sido calurosa en extremo. La gran multitud que ha acudido a la Alhambra y la falta de dirección han hecho que lo que podía haber sido una excursión preciosa y de gran atractivo haya resultado un verdadero laberinto y una jornada militar a marcha forzada.

Ni el rey ni sus acompañantes han podido darse cuenta de las preciosidades que encierra esa admirable joya artística que nos legaron los árabes. Todo ha sido rápido, y muchas cosas han pasado inadvertidas y otras sin poder verlas, porque las puertas estaban cerradas y las llaves no parecían de guardadas que estaban.

En la sala de la Justicia se ha servido un espléndido té ofrecido por la Diputación. Desde allí la comitiva marchó a visitar los jardines, desde los que se domina la población y sus alrededores, no pudiéndose concebir panorama más ideal. Luego subió el rey a la torre donde está la Campana de la Vela. Sus acompañantes le dijeron que hiciera sonar la campana, pues según tradición, quien la tocaba se casaba en el mismo año. El monarca iba admirando el paisaje que se descubre desde aquella altura, y al llegar cerca de la cuerda de la campana, miró, sonrió y pasó sin tocar.

La actitud del rey en aquellos momentos hizo gracia a sus acompañantes. Luego visitó la Torre de la Cautiva.

(De nuestros redactores-corresponsales, "El viaje del rey. En Granada: visita a La Alhambra", *El Imparcial*, 2 de mayo de 1904, p. 2).

Se alzan hacia Granada brazos trémulos; de la oreja descuelgan los mocitos sus verdes ramos de albahaca; las mocitas, del pecho, se desprenden rosas; los zagales paveros, caña en mano, se quitan los sombreros arrebatadamente; suenan más vigorosos, con ardor litúrgico, nuevos gritos, relinchos, *gurugús*; y sobre el rústico Te-Deum, con su profanidad triunfante y lírica, un poeta gañán canta, melancólico:

Quiero vivir en Granada
porque me gusta el oír
la campana de la Vela
cuando me voy á dormir…

(Cristóbal de Castro, "Del corpus granadino", *Los Lunes de El Imparcial*, 3 de Junio de 1907, p. 1).

El 2 de Enero se celebra la solemne función religiosa en la catedral y todo el mundo va luego a la plaza de los Aljibes de la Alhambra. Los más fieles guardadores de las tradiciones se dirigen a la hermosa torre de la Vela y suben la tortuosa escalera que conduce a la plataforma superior, desde la cual se divisa un panorama encantador. Entre los concurrentes abundan las parejitas de enamorados, que no van a contemplar bellezas panorámicas precisamente, sino porque un Velero guardián de aquella torre afirmó hace muchos años que la cuerda de la campana de la Vela tiene una virtud maravillosa y hay que aprovecharla. Los novios cogen con sus manos las de las novias y tiran con toda su fuerza de la maroma para que las vibraciones lleguen hasta los espacios más remotos, porque es fama que, haciéndolo así, ha de haber boda dentro del año que comienza (Miguel Medina, "La rendición de Granada: la hora fatal del rey Chico", *Hojas Selectas*, enero de 1921, pp. 86-90, p. 90).

Desde esta mañana está tocando sin cesar la histórica campana de la Vela.

En la Alhambra se celebró el concierto anunciado. Las jóvenes solteras se dirigen

a la campana de la Vela, pues es leyenda que aquella que toque la campana

se casará dentro del año.

("La reconquista de Granada", *La acción*, 31 de enero de 1924, p. 1).

Debe su fama y nombradía la campana de la Vela, a los innumerables matices que evoca con su especial y potente sonido. Ella es la que recuerda a la piadosa familia la hora de las ánimas por las que debe rezar.

Al enamorado galán, le advierte con treinta y tres campanadas, la hora de la queda que da a las once, para que abandone la florida reja tras de la cual se halla el ángel de sus amores.

Más tarde, avisa al gañán la hora de dar el pienso de la media noche a su cansinada bestia, y es la que llama al labriego en la soledad de la Vega para decirle que han llegado los caños de Alba y precisa distribuir el agua para regar su heredad. Y es por último también, la que convoca a los granadinos en los momentos peligrosos, cuyo hecho le dio mérito para que Doña Isabel II mandara incluirla en el heráldico escudo de la ciudad y otorgarle el titulo de Heroína, sobre los que ya tenía de Celebérrima, Muy Noble, Muy Leal y Nombrada y Grande. También toca alegre y animada el día de la Virgen del Rosario, en recuerdo a la gloriosa victoria de Lepanto y por disposición reciente, todo el día de la Fiesta de la Raza, en conmemoración de que en la Alhambra, en uno de los más bellos salones del palacio nazarita, hizo los pactos

Colón con la ínclita reina Isabel para el descubrimiento de América. También durante dos días consecutivos, evoca el hecho memorable de la toma de Granada acaecido el 2 de Enero de 1492 […]

A propio intento, hemos dejado para fin, el oculto privilegio que ha dado la tradición, a la Campana de la Vela. Dicen de antiguo, que la joven o el galán que toca la campana en el día de la Toma recibe la gracia de encontrar dentro de aquel año, la mitad que le faltaba a su ser para creerse feliz en la vida. Claro es, tal estímulo, hace agolparse tan considerable número de bellas casaderas, que vese la autoridad obligada a intervenir para contener el tumulto de la muchedumbre ansiosa, que, acude a recibir de la campana aquel soñado favor.

A título de curiosidad diremos que los toques de campana que a modo de reloj suena en la Vela, empieza diariamente de las ocho a las nueve y media de la noche, según la estación, que es la hora de *las ánimas* y sigue dando a intervalos dos campanadas, hasta las diez que da cuatro seguidas, para volver a dar dos hasta las once, que es la hora de queda; en cuyo momento da treinta y tres y continúa repitiendo tres, hasta las doce de la noche. Desde esta hora y a intervalos, solo toca una vez hasta la una, dos durante la hora siguiente y así continúa aumentando hasta el alba que es dada a las tres o cuatro de la madrugada—según que las ánimas fueran a las ocho o nueve y media de la noche— en que respondiendo a los toques de la Catedral, termina con otras treinta y tres campanadas y cuatro o cinco más, según la hora que siga. A este toque final, se le llamaba de antiguo *el cuarto de la modorra*.

El sonido metálico y brillante de la Campana de la Vela, es extendido por el viento sobre todos los pueblos comarcanos de tal modo que se utiliza por sus habitantes para regular los riegos en los pagos de la vega y

son llamados *pueblos de la Campana y Vega* y pagan como tributo anual unas cargas de hierbas olorosas, para arrojarlas al suelo por donde ha de pasar la Custodia, en la solemne procesión del Corpus Christi, según expresa voluntad de los católicos reyes Don Fernando y Doña Isabel.

(Miguel Álvarez Salamanca, "Granada: la Alcazaba y su torre de la Vela", *África*, 1 de enero de 1927, p. 10-11, p. 11).

Mención aparte merece el precioso cuadro de costumbres que el novelista malagueño Salvador González Anaya (1879-1955) engastó en 1929, es decir, en plena época lorquiana, en su novela *La oración de la tarde*, en la que engarzó un capitulillo, bajo la etiqueta de "Supersticiones", que daba cuenta de las prácticas y creencias que seguían las mozas granadinas para encontrar novio. Entre tales supersticiones salían a relucir las que giraban en torno a la campana de La Vela, y venían a cuento algunas otras magias que no nos resistimos a reproducir aquí, por la aguda descripción etnográfica que nos dan de la Granada popular y galante en la que vivió nuestro poeta:

–Mira allí –dijo Angustias, indicando a Lucy un paraje en donde el Darro se adelgaza–. A ese hocino le llaman las Angosturas. El día de San Pedro vienen los mozos de los suburbios circundantes y untan de jabón, o de grasa, las pasaderas sobre el río. La moza que quiere casarse tiene que ganar la otra orilla sin resbalar sobre las piedras, y la que se hunde en la corriente, esa ya pierde la esperanza de maridar en aquel año. Esto es motivo de alegría y de algazara juvenil.

–Aquí, los casamientos –observó Lucy–, están siempre pendientes del fatalismo, como en el tiempo de los árabes. También, la tarde de la Toma, la niña que sube a la Vela y toca la campana se casa pronto.

–Hay, todavía, una tercera superstición sobre este punto. ¿Ves aquel edificio de muros claros, que está allá arriba, hacia la izquierda?

–¿El Sacro Monte?

–Justamente. Pues en las catacumbas de esa abadía existen dos piedras que obran idénticos milagros matrimoniales, pero antagónicos.

–No entiendo.

–Te lo explicaré, que es curioso. El día de mi padre, que es el del patrón de Granada, sube la gente en romería a visitar las Santas Cuevas, en donde incineraron a San Cecilio. Las piedras están situadas en dos oquedades diferentes; y una de las dos, por un ósculo, casa a las chicas, sin demora; pero, la segunda es terrible: al que la besa la descasa. Y está probado, según dicen.

–¡Pues sí que tiene guasa la piedrecita!

–¡Como que no la besan ni los canónigos!

–¡Ah, pues yo, en la primera, la del casorio, no pongo los labios ni a tiros! –anunció Lucy, con sandunga–[18].

Por cierto, que en un episodio distinto de su novela, y en relación con la descripción de unas fiestas del Corpus, hacía esta referencia González Anaya a la mancomunidad de "pueblos de la campana":

> Entre los carros y los bailes desfilaban las cofradías con los pendones del oficio y a la voz de sus priostes y mayordomos; y tras las manadas gremiales, los beneficiados, los curas y sacristanes de la vega con las cruces de la parroquias que formaban arciprestazgo, a las que llaman "pueblos de la campana" porque son los que escuchan la de la Vela[19].

También debemos singularizar el artículo sobre "La torre de la Vela" que publicó Benito Más y Prat en *La Ilustración Española y Americana* del 15 de julio de 1883 del que ya hemos hecho algún extracto antes. En él quedó consignado un caso supuestamente presenciado por el decimonónico escritor (que era también periodista) que no me resisto a reproducir aquí, pues el modo en que mezcla el ingrediente de la campana auspiciadora de amores y el de la locura de amor suena casi a tragedia lorquiana. No olvidemos, por cierto, que la gacela lorquiana lleva el título de *Del amor que no se deja ver*, y que esta historia trata acerca de una joven que tan pronto fue seducida no volvió a ver ya a su donjuán:

> Sentimos un gran tropel que partía de la escalerilla de la torre, y vimos aparecer en la explanada, en son de alarma, varios grupos de mozos y mozas, que exclamaron distintamente, oprimiéndose unos a otros contra los pretiles:
>
> –¡La loca, la loca!…
>
> […] La loca era una pobre niña, risueña y graciosa, que contemplaba a unos y a otros con extremada dulzura, y que daba con tranquilidad el brazo a una anciana, que debía ser su madre, y a un mancebo de negra barba que tenía su mismo entrecejo: era, en fin, la hermosa de la túnica azul, la joven que había sido sorprendida haciéndome señas: la sultana de la Carrera del Darro.
>
> Fue tal la impresión que me causó aquel encuentro, que olvidé los versos del libro del Hita y cometí la torpeza de acercarme al campanario;

[18] González Anaya, 1944: 153-154.
[19] González Anaya, 1944: 252.

ella, entre tanto, se adelantó sonriendo hacia la espadaña, y tiró de la cuerda suavemente: el son metálico de la campana la hizo caer en una especie de éxtasis, del que se aprovecharon para separarla de aquel sitio; la anciana que la acompañaba se enjugó una lágrima que resbalaba silenciosamente por sus mejillas, el hombre de la barba bajó los ojos, sin duda para ocultar la emoción de que se sentía embargado.

Inmediatamente aquel grupo, un tanto estatuario, volvió a atravesar por entre la muchedumbre que ocupaba la plataforma de la torre, y desapareció por el vano de la escalera.

[…] No vivía en la tierra seguramente el amor que ella buscaba.

Pasados los primeros momentos de expectación, reuniéronse los murmuradores en corrillo, y pudimos saber la historia de la pobre loca.

No podía ser más interesante ni sencilla. Enamorada de un joven noble y rico, había ido a la Torre por primera vez hacía tres años, logrando a las pocas semanas que se le declarase su pretendiente. Pero no es tan fácil conservar un novio como conseguirlo, y el caprichoso aristócrata la había olvidado bonitamente, llevando su crudeza al extremo de casarse con otra, celebrando su boda en una casa de la Carrera, frente por frente a la humilde morada de la niña.

Aquella acción alevosa había trastornado el cerebro de la pobre joven.

Todos los años, cuando llegaba la fiesta de la Encarnación u otras similares, su cariñosa madre y su buen hermano la acompañaban a aquel lugar, con objeto de que satisficiese la única manía pertinaz que la dominaba: la de oír el son de la campana de la Vela. Su locura era apacible y tranquila; solo se manifestaba en los detalles que os he referido; cuando se colocaba su toalla a modo de turbante, creíase una sultana asediada por los rondadores.

Puestos a evocar fantasías románticas relacionadas con nuestra campana, puede ser el momento de traer a colación el inicio y el final de un romance, y unas cuantas coplas, que ejemplifican muy bien los versos sentimentales que suscitó:

Campanita de la Vela
no despiertes a mi niña;
soñando estará en amores
pues sonríe y no suspira.
Por la ventana entreabierta
yo la contemplo dormida […]
Mi campana de la Vela,
no te calles, toca aprisa;

si al despertar piensa en mí
que no duerma más la niña.
(Antonio Joaquín Afán de Ribera, "Granadina", *La Alhambra: Revista Quincenal de Artes y Letras*, 15 de marzo de 1902, p. 692).

Cuando al reír la mañana
tu sonido al cielo vuela,
¿qué dice tu voz, campana
de la Torre de la Vela?

De tus citas dolorosas
comprendo el sentido triste.
¡Viste nacer tantas cosas
que morir más tarde viste!

Yo tiemblo, campana mía,
cada vez que te diviso.
Tú lloraste en la agonía
de una mujer que me quiso.

No temas que de ti huya,
que aun en mi duelo me alegras.
Tu voz me trae la voz suya
en estas horas tan negras.

Tu mal no tiene remedio.
Vivir sola es tu destino;
tu tedio, igual que mi tedio;
tu sino, igual que mi sino.

Ya no habré, del mal cautivo,
reposo en ninguna parte.
Ya tan solo sé que vivo
porque aún tiemblo al escucharte.

¡Campana!… Si una mañana,
lejos de ti mi alma vuela,
¿llorarás por mí, campana
de la Torre de la Vela?
(Miguel de Castro, "La Campana de la Vela", *El Liberal*, 27 de enero de 1913, p. 2).

Otras campanas de la Vela y otras campanas casamenteras

Tenemos noticias, aunque mucho más livianas que las granadinas, de otras Campanas de la Vela. En Málaga capital y en Almogía, un pueblo de Málaga, por ejemplo. Más conocida que estas es sin duda la campana de la Vela de la alcazaba de Almería, que fue fundida en tiempos de Carlos III para reemplazar a una más vieja, y que fue rebautizada como campana de "Santa María de los Dolores". Sobre ella poetizó la gran periodista Carmen de Burgos (que había nacido en Níjar, Almería, y firmaba como Colombine), en un reportaje sobre "Las torres de la Vela" que publicó en el *Heraldo de Madrid* del 31 de enero de 1920, p. 1:

> Almería es una ciudad moruna […] Noches lunares en las que rompe el silencio y el recogimiento de Ramadán el sonido de la Campana de la Vela, desde lo alto de una torre derruida de su Alcazaba.
>
> Las campanas de la Vela de Granada y Almería, son inolvidables para los que hemos nacido allí. Ellos nos decían que alguien velaba cerca de nosotros, cuidadoso y atento; así la voz en vez de interrumpir nuestro sueño lo hacía más confiado y más profundo. Así, la Campana de la Vela nos parecía que es alguien que nos acompaña, una vieja nodriza que nos contaba cuentos para que nos durmiéramos. Al oírla al cabo de los años conocemos su voz inconfundible, como la de aquel sereno al que no le habían extraído una bala, que le obligaba a hacer extraños gorgoritos, cada vez que cantaba la hora.
>
> ¡El buen sonido de la Campana de la Vela! Es la campana tradicional, que es como un lujo en la población hacérnosla escuchar en las horas del reposo. Empieza a las diez, y da de cuarto en cuarto de hora sus toques convenidos, para enmudecer a las cuatro de la madrugada.
>
> Para muchos que descifran sus sonidos, tiene un valor de reloj. El objeto da esta campana fue el de avisar la llegada de los barcos en el tiempo en que podían llegar peligros por el mar, y había el temor de naves corsarias o piratas. La Campana de la Vela era la voz del vigía que daba el grito de alarma a la ciudad. Después, la campana de la Vela sirvió, como la de Granada, para regular los riegos de la Vega; hoy es una necesidad espiritual la que llena; es algo de voz de Muecín que vela sobre su ciudad perdida. Qué influencia tiene la campana de la Vela lo dice la copla popular de los almerienses:
>
> Vivir quiero en Almería
> porque me gusta el oír
> la campana de la Vela
> cuando me voy a dormir.

Y esta misma copla, con una ligera variación de las granadinas:

Quiero vivir en Granada
porque me gusta ol oír
la campana de la Vela
cuando me voy a dormir.

No tenemos noticias de que a la campana de la Vela almeriense se le asociaran facultades casamenteras del tipo de las que se achacaban a su prima granadina. Pero sí de que, dispersas a lo largo y ancho de la geografía española, hay otras campanas que se han relacionado tradicionalmente con los asuntos eróticos y que se cree que deben también ser tocadas por las jóvenes solteras para que el amor les sonría ese mismo año. Sobre todo en la mágica festividad de San Juan Bautista, en que

> en Álora (Málaga) las mocitas van al Convento de Flores, donde un San Antonio paciente aguanta que le tiren piedras a salva sea la parte, debiendo acertar, según voz del pueblo, en el "huevo izquierdo", ya que "al dolerle, hace el milagro pronto para que no repitan", *o en Chiclana, en la Ermita que la corona, las mozas golpean con el tacón del zapato la campana si desean casarse, o en Granada hacen sonar la de la Torre de la Vela,* en la fe de que la que lo haga emparejará en el año, o que en El Gastor (Cádiz) se cuelguen columpios de nogales, o de balcones, para balanceo de muchachas en sazón, a las que bamberas viejas testifican ante mozos rondadores, o se piense que si una moza logra el primer alfiler de una recién casada, será la protagonista de inmediato, puntualizando: casará antes que todas las que asistieron a la boda, *o que el mismo favor se pida tañendo la campana de la Peña de Alajar, en la Sierra de Aracena*, o que en el Andévalo (Huelva) se mida la cercanía del amor echando gotas de plomo a un recipiente con aceite, sabiendo distancias por la forma diálogo que adoptan los metales en el líquido, o que la mujer vaya al pozo, saque el primer agua y se mire, viéndose la cara clara o turbia, indicios que cree definitorios para el amor ese día, o que al acostarse casque un huevo en un plato y lo meta bajo la cama, siendo su aspecto a la mañana siguiente –flotante o deshecho–, el que decida en asuntos amorosos, o que un personaje antiguo al que memoran como «Pantasma», cuidara noviazgos asustando a la gente por las esquinas oscuras[20].

En Covarrubias (Burgos), hay también una campana casamentera:

[20] Garrido Palacios, 1988: 143.

En la villa medieval de Covarrubias (Burgos), se encuentra la Colegiata

de San Cosme y San Damián, un edificio gótico de finales del siglo XV (1470-1480) y, en el claustro, se puede admirar el precioso sepulcro protogótico de la infanta Cristina de Noruega. La tumba se ha convertido en un símbolo del amor para las jóvenes, pues, junto a ella, colgada en la pared, hay una campana. Se dice que la mujer que haga sonar la campana se casará en el plazo de un año y, más concretamente, con el hombre elegido[21].

En tierras burgalesas se han documentado otros ritos que, aunque sin tales proyecciones propiciatorias del amor, puede ser interesante consignar aquí:

En Aranda de Duero (Burgos), el día de San Isidro Labrador (15 de mayo) es costumbre tocar las esquilillas de los bueyes que acompanan a la imagen, en especial los niños, a la vez que formulan un deseo[22].

En Monzón (Huesca) se ha documentado esta otra muy sugerente tradición, en que el motivo de la campana fecundante se halla combinado con otro muy difundida también, el de la piedra propiciatoria:

La peña del Cascabel, en Monzón.

Roca situada junto al camino que conduce al santuario de la Virgen de la Alegría. Cascabel viene de la palabra latina *scabillum*, equivalente a campanilla. Posiblemente la forma *cascabel* sea combinación de dos raíces: *casco*, vocablo románico equivalente a roca o monte y *cacabulus*, del latín, con el significado de "campanilla".

Todas las generaciones monzonesas, al acudir de romerías al santuario, hacen un alto en el camino y junto a la peña, preferentemente las muchachas, aplican su oído a la roca y aseguran escuchar el tañido de un cascabel o campanilla, que no es otra cosa que la certeza de obtener novio o, si es casada, la fecundidad. Como se ve, estamos ante una de las piedras de amor o de matrimonio, con propiedades eróticas[23].

[21] Sevilla Muñoz, 2009: 46. Nota de las editoras: "La princesa Cristina, hija del rey Haakon, tenía 24 años cuando llegó a Castilla a 1257. Se desposó con el infante don Felipe de Castilla, hermano de Alfonso X el Sabio. Murió cuatro años después, en Sevilla, donde vivía. Su cuerpo fue trasladado al pueblo burgalés de Covarrubias y allí reposan sus restos".

[22] Sevilla Muñoz, 2009: 46.

[23] Castillón Cortada, 1986: 224.

Un brevísimo excurso, aunque nos aleje por unas líneas de nuestras campanas propiciatorias, para añadir algo en relación con aquella otra superstición casamentera granadina que nos había sido pintada de esta manera:

> El día de mi padre, que es el del patrón de Granada, sube la gente en romería a visitar las Santas Cuevas, en donde incineraron a San Cecilio. Las piedras están situadas en dos oquedades diferentes; y una de las dos, por un ósculo, casa a las chicas, sin demora; pero, la segunda es terrible: al que la besa la descasa. Y está probado, según dicen[24].

Resulta que también en el santuario de los dos santos Antonios de Urkiola (Vizcaya) las jóvenes que buscan pareja dan varias vueltas a una piedra que hay a la entrada del templo, en la creencia de que así verán cumplidas sus aspiraciones amorosas. La piedra fue traída del monte y colocada allí en el año 1929. Si las muchachas dan las vueltas en el sentido contrario al habitual, se cree que el efecto será el de separarlas de las personas con la que no desean estar. Creencia sorprendentemente similar a la granadina.

Y unos últimos datos más acerca de rituales casamenteros, aunque solo sea para demostrar su entroncamiento con épocas muy antiguas y con creencias y ritos que se pierden en la noche de los tiempos, y para apreciar de qué modo, pese a su aroma pagano indudable, han sido muchas veces convalidados y asimilados por los ritos católicos:

> *El toro sagrado de Sagunto.*
> Es un toro ibérico en piedra. Algunas mujeres visitaban el museo solamente con el fin de acariciar el toro, acercarse a él y hasta tocarlo con el cuerpo, esperando la fecundidad[25].

> Ante la dificultad [de procrear] podía la pareja holgar a lo duro en la piedra de la derruida ermita de San Guillermo (Finisterre), a la vista del santo testigo; culto lítico, vieja creencia universal de que el genio interno de las piedras tenía poder generador, adorando los pueblos a bellos megalitos, costumbres venidas de tiempos oscuros, borrosos, atribuyendo la Iglesia los hechos prodigiosos a la mediación de algún santo, que para cada asunto puso uno. Al Santuario del Monte Aralar, San Miguel in Excelsis, las mujeres en tales circunstancias asistían a misa sentadas en cierta piedra

[24] González Anaya, 1944: 153-154.
[25] Pelejero Ferrer, 1978: 49-50.

de la que esperaban remedio; también están la Rosaladera de San Martín, en La Garrotxa; el Astic del Congost de Eriñán, Conca del Tremp; la de Bellmunt, Vich; Bellera en San Feliu de Llobregat; la Piedra Fecundante, Santuario de la Salud; el Otero de la Higa, en Tonya, que presenta formas parecidas a genitales femeninos, contra las que las mujeres estériles solían frotarse, que tienen su leyenda: "Érase que hubo allí casa de monjas, que, por lujuria, fueron malditas y empotradas en la roca, quedando sus debilidades más a flor que el resto del cuerpo fosilizado". Hay que añadir la del Valle de Nuria, donde se ubica el Santuario de la Mare de Deu, con olla y campana que San Gil dejó olvidadas; piedra que, en estado original, presentaba salientes de potente utilidad a las mujeres que deseaban quedar encintas; ellas resbalaban sus cuerpos rozándose profundamente, hasta que la Iglesia sacralizó el rito, siendo ahora pedestal de una cruz, "Creu d'Enriba"…[26].

Otras campanas y otras canciones de amor

Mención aparte merecen, dentro de este pintoresco atlas de campanología erótica que estamos intentando montar, las canciones, muy abundantes y muy variadas en el repertorio folclórico español, que dan a la campana, y en ocasiones también al badajo, connotaciones de grado muy variable en lo que respecta a su sensualidad: algunas sumamente livianas y delicadas, otras de un erotismo más explícito, sin que falten las cruda o crudísimamente pornográficas. La campana suele ser entendida en ellas, puesto que es el elemento hueco y abierto (frente al badajo que se mueve dentro de ella), como metáfora genital femenina. Pero alguna vez se asocia también al varón. Esta asociación varonil subsidiaria tiene su explicación, aunque tan densa y compleja que pienso desarrollarla en otro artículo: la campana, la campanilla, el campanillón, se asocian a veces al cencerro *que cuelga* del cuerpo de determinados animales, lo que propicia esa trasferencia de sentido.

Algunas de estas canciones las tenemos documentadas ya en nuestros Siglos de Oro:

A la muger brava,
tañerle la campana[27].

Cuando un fraile se cuelga
de la campana,

[26] Garrido Palacios, 1991: 109.
[27] Horozco, 1994: 197.

también da su badajo —ajo,
su badajada[28].

Pero donde mejor tenemos documentadas estas canciones es en la tradición oral moderna. Entre las campanas que doblan en clave de amor o en clave de sexo en las canciones folclóricas de hoy hay algunas que son sencillamente magistrales. Por ejemplo esta que asigna connotaciones varoniles a las campanillas y que pone en desventaja los atributos masculinos del mayoral viejo frente a los del zagal joven:

Campanillas de plata
lleva el mayoral;
tan buenas o mejores
las lleva el zagal[29].

Esta otra desenvuelta cancioncilla contribuye a aclarar sus connotaciones eróticas sutilísimas:

Todos los curas tienen novia,
y el cura que no la tiene
anda con su campanilla
buscando quien se la suene[30].

Asomémonos ya a este breve museo de campanas líricas, andaluzas muchas de ellas, hasta granadinas algunas, representativas de tradiciones más lejanas (americanas incluso) otras; tomadas algunas de cancioneros que Lorca conocía bien, como el andaluz de Rodríguez Marín o el asturiano de Martínez Torner; la mayoría metafóricamente femeninas, pero bastantes otras simbólicamente masculinas. Las recorreremos siguiendo el orden (aproximado) de mayor delicadeza a mayor procacidad:

Fundía como campana
sa menesté qu'estubieras,
pâ que yo sin reselâ
a tus quereles borbiera.

Meresía esta serrana
que la fundieran de nuebo
como funden las campanas.

[28] Brown, 1995: núm. 193.
[29] Ibáñez Ibáñez, 1967: 74.
[30] Santos, 1988: 61.

No siento ‘n er mundo más
que tené tan mar sonío,
siendo de tan güen metá.

Chiquiya, tú eres mu loca,
eres como las campanas,
que toíto ‘r mundo las toca[31].

Merecía esa serrana
que la fundieran de nuevo
como funden las campanas[32].

–Soledá de mi vida,
¿Quién te da pena?
–Las campanas del alba
que me desvelan.
¡Soledá!

–Si tanto te desvelan,
morena mía,
mandaré que las toquen
al medio día.
¡Soledá[33]!

–Dime, morena,
qué te da pena,
–Las campanas del alba
que me desvelan, morena.

–Si te desvelan, morena mía,
mandaremos tocarlas
al medio día, morena,

Al medio día las han tocado,
dime, morena mía,
si te han gustado,
morena.

Tocan las campanitas,
pum, catapúm, zis, zas,

[31] Rodríguez Marín, 1882-1883: núms. 4573, 4574, 5413 y 3798.
[32] Alcalá Ortiz, 1984-2005: IV, núm. 3170.
[33] Martínez Torner, 1920: núm. 88. Hay otra versión, la 89, que coincide con la primera estrofa de la 88.

por la mañana,
leré, por la mañana, leréleré,
por la mañana,
tocan las campanitas,
pum, catapúm, zis, zas,
tocan al alba…[34].

Eres chiquita y bonita,
eres como yo te quiero,
eres una campanita
en las manos de un platero.

Eres chiquita y bonita,
eres como yo te quiero,
eres campanillita
hecha de terciopelo.

Eres chiquita y bonita,
eres como yo te quiero,
eres la campanillita
de la flor que echa el romero[35].

Campanilla dibujada
de las manos de un platero;
ni eres chica ni eres grande,
eres como yo te quiero[36].

Tú eres una cadenita,
cadena que llega al cielo;
eres campana de plata
hecha por rico platero[37].

Eres la campana gorda,
la de los siete metales,
tanto como te compones
y tan poco como vales[38].

[34] Córdova y Oña, 1948-1949: II, 211 y 100.
[35] Álvarez Curiel, 1991: 91, 92 y 105.
[36] Escribano Pueo, 1994: núm. 33.
[37] Alcalá Ortiz, 1984-1985: III 1797.
[38] Escribano Pueo, 1994: núm. 116.

Eres la campana gorda,
la de los siete metales;
tanto como te realzan
y tan poco como vales[39].

Tú has *hablao* mal de mí,
yo de ti no quiero hablar;
siempre suenan las campanas
según tienen el metal[40].

Con esos ricitos, niña,
que te cuelgan por la frente,
pareces campana de oro
que vas llamando la gente[41].

Esos ricitos de oro
que te cuelgan por la frente
parecen campanas de oro
que van llamando a la gente[42].

Como vives enfrente
del campanario,
cuando tocan a misa
vas al rosario[43].

Qué hermoso pelo tiene
la sacristana,
que vale para soga
de una campana[44].

De qué te sirve, mi linda,
tener tan bonita boca,
si sos como las campanas,
que cualquier indio les toca[45].

[39] Alcalá Ortiz, 1984-1985: I, núm. 826.
[40] Alcalá Ortiz, 1984-1985: I, núm. 269.
[41] Rodríguez Marín, 1882-1883: núm. 1116.
[42] Panero, 2008: 55.
[43] Manzano, 1982: núm. 441.
[44] Alonso Cortés, 1914: núm. 3078.
[45] Mántica 1997: 122.

Tienes el andar profano,
en el reír eres loca;
eres como la campana,
que cualquiera va y la toca[46].

Yo también subo a la torre
a repicar las campanas;
¡ay, ojos de mi moreno,
que me están matando el alma[47]!

Esos tus rubios cabellos
que te cuelgan por el lado
son campanillas de plata
para llamar a tu amado[48].

Cuando sales a bailar
con ese garbo y salero
una campana de plata
dejas pintada en el suelo[49].

Cuando sales a bailar
con ese garbo y salero,
una campana de plata
pareces de pie en el suelo[50].

Tengo que darte más besos
en esa cara gitana,
que huevos se necesitan
pa romper una campana[51].

Con el aire que llevas,
morena de Sanabria,
con el aire que llevas, morena,
se mueven las campanas, olé.

[46] Manzano, 1982: núm. 382.
[47] Zárate, 1999: 536.
[48] García Matos, 1951-1960: III, núm. 650.
[49] Alcalá Ortiz, 1984-2005: III 2628.
[50] Manzano, 1982: núm. 60.
[51] Alcalá Ortiz, 1984-2005: III 2674.
[52] Manzano, 1982: núm. 35.

Se mueven las campanas
cuando vas al rosario,
y hasta el agua bendita, morena,
tú la tomas con garbo, olé[52].

Voy a poner en la torre
tres campanitas de plata
para que toquen a gloria
cuando sales de tu casa[53].

Cambio de tercio: las campanas líricas que sonarán ahora se dejan ya de veladuras y sutilezas para ingresar sin ningún complejo en terrenos más desenvueltos y procaces. Por cierto, que el elemento clerical está muy presente en ellas, seguramente por la asociación tradicional entre curas y campanas de iglesia:

Basilisa en el balcón,
y el cura en el campanario,
por debajo la sotana
le enseñaba el relicario[54].

Adelaida en el balcón
y el cura en el campanario,
por debajo las campanas
buenas señas se están dando[55].

Señor cura, no me riña,
porque ayer no fui al rosario;
estuve con su sobrina,
jugando en el campanario[56].

En lo alto del campanario
tiene su nido el jilguero
y el señor cura ha dicho
que no le toquen los huevos.

[53] Santos, 1988: III, p. 36.
[54] Versión registrada por Luis Miguel Gómez Garrido, a quien agradezco su cesión, en tierras de Ávila.
[55] Manzano, 1982: núm. 49.
[56] Gomarín Guirado, 2002: núm. 34.

Lo primero que se ve
nel pico del campanario
son los cojones del cura
que *tán* tocando el rosario[57].

El cura de Las Casas
duerme *pa* bajo
porque rompe la cama
con el badajo[58].

Debajo del badajo
de las campanas
tiene el nido escondido
la sacristana[59].

A tu madre le he visto
la campana real;
y a tu padre el badajo,
sin parar de tocar[60].

Todas las mujeres tienen
hacia el culo una campana;
también los hombres tenemos
badajo para tocarla[61].

Todas las mujeres tienen
en el culo una campana,
y en cambio los hombres tienen
un badajo *pa* tocarla[62].

Te quisiera regalar
un salchichón de campana,
pero como no lo tengo,
te quedarás con la gana[63].

[57] Suárez López, 2005: núms. 115 y 529.
[58] Vallejo Cisneros, 1988: 193.
[59] Manzano Alonso, 2001: II, 419.
[60] Morote Magán, 1990: 229.
[61] Delgado, 1986: 52-62.
[62] Gomarín Guirado, 2002: núm. 158.
[63] Alcalá Ortiz, 1984-2005: I 857.

Las mocitas de mi pueblo
todas duermen boca abajo
con el dedito metido
donde se mete el badajo.

Todas las mujeres tienen
mu guardada una campana,
y todos los hombres tienen
el badajo de tocarla.

El señor cura no toca
porque se ha *perdío* el badajo,
y la campana del ama
la toca con el vergajo.

Amigo, si te echas novia,
que sea de Torrejoncillo,
y verás qué pronto pones
el badajo al campanillo.

Todos los mozos de Alcuéscar
saben tocar las campanas…
las campanas que arrebujan
las mujeres con las sayas.

Esta noche que le pongo
a la campana el badajo
escucharán en el pueblo
lo que es tocar a rebato.

La hija del boticario
tiene una campana ronca;
de que le ponga el badajo,
¡ya verás lo bien que toca!

Y sonaban las campanillinas
con el din guilindín guilindín,
y sonaban las campanillinas
debajo de tu mandil.

Y sonaban las campanillinas
con el din guilindín guilindón,

y sonaban las campanillitas
debajo de tu mantón[64].

A eso de la media noche
mi novia se vino a mí,
y sonaban las campanillinas
con el din dilindín dilindín.

Y sonaban las campanillas
con el din guilindín guilindín,
y sonaban las campanillas
debajo de tu mandil.

Y sonaban las campanillas
con el din guilindín guilindón,
y sonaban las campanillas
debajo de tu mantón[65].

La noche que me casé
yo creí que me moría
en ver aquel animal
el badajo que tenía[66].

Caracol, como pica el sol
los pajaros pían,
levántate, muchacha,
que ya es de día:
para ti, que no para mí,
que soy segoviano.
Y ese ramo de flores
quién te le [sic] ha dado.
Me le [sic] ha dado
el padre prior,
que está en Aldiviejo;
también me ha dado un peine
pa [sic] la cabeza,
y un abanico
con muchos picos

[64] Domínguez Moreno, 2007: 148-149.
[65] Calle Sánchez, 1995: 262.
[66] Gomarín Guirado, 2008: núm. 54.

y muchas flores,
para que te diviertas
con mis amores,
y una campana
para que tu *dispiertes* [sic]
por la mañana[67].

Ande usted, si conoce usted
a don Juan el de la alameda,
que lleva un campanillón
con pelos de hurón
que a la cabeza llega[68].

Ande usted, si conoce usted
a don Juan el de la alameda,
que lleva un campanillón
con pelos de hurón
qu'al culo le llega
de largos que son[69].

Una vella por fodere
subióse au campanario,
metéu u badayo na cona
pensando que era un carayo[70].

Puede merecer la pena que nos asomemos a algún documento etnográfico en que las campanas de sones eróticos juegan papeles más que interesantes. No tenemos espacio para entrar aquí en la muy compleja cuestión de las cencerradas, bromas carnavalescas con las que los mozos jóvenes de muchos pueblos ridiculizaban a los viejos o a los viudos del pueblo en la noche en que contraían matrimonio, haciendo sonar del modo más escandaloso posible cencerros y campanillos que parodiaban el sonido de los (se suponía que gastados, incontinentes, cacofónicos) genitales masculinos durante el acto amoroso. Rito más raro y singular era el que se ha documentado en Calzadilla de Coria [Cáceres, donde], las mozas callejean a la luz de la luna y canturrean:

[67] Marazuela, 1964: núm. 20.
[68] García Matos, 1951-1960: II, núm. 382. Hay otra versión similar en I núm. 756.
[69] García Matos, 1951-1960: II, núm. 377. Hay otra versión similar en I: núm. 751.
[70] Suárez López, 2005: núm. 590.

–Esta noche, esta noche,
esta noche, me rompen el broche.
–Y los mozos les lanzan esta pregunta:
–¿Quién? ¿Quién? ¿Quién?
A lo que el novio contesta:
–Yo, con mi campanón;
yo con mi campanón[71].

Alguna campana genital más asoma en el repertorio de nuestros cuentos folclóricos, según apreciaremos en este, impresionante, de *Sor Campana*, que conoceremos en dos versiones, una extremeña y otra leonesa:

Bueno, pues esto era una madre que tenía un hijo tonto. Y dice:

–Madre –dice–, me voy a vestir de mujer y me voy a ir a pasear por el convento.

Pos le preparó la madre un traje de mujé y se pasea por la puerta del convento. Y sale un fraile a la puerta y dice:

–¿Desea usté –dice– trabajar?

Dice:

–Sí, señó.

–¡Pase usté p'adentro!

Pasa pa dentro. Estuvo haciendo los oficios como, vamos, como una mujé, como una mujé. Bueno, pues ya, dice:

–¿Cómo te llamas?

Dice:

–Juana.

Se llamaba Juana. Ya dice:

–Ay, pos esta noche, me tengo yo que acostar con Juana –dice una.

Se acostó con Juana. Había nueve monjas. Pues se acostó con ella. Y se levanta él por la mañana. Dice:

–¡Tiene Juana una campana…! –dice– ¡Pero una campana…!

Dice:

–¿Que toca?

Dice:

–¡Anda, anda, que si toca! –dice– ¡Acuéstate con ella!

La otra noche se acuesta con ella. Otra. Y sale por la mañana:

–¡Tiene Juana una campana…! ¡Pero una campana…!

De modo que el cuento es que había nueve y todas se acostaron con ella.

[71] Domínguez Moreno, 2007: 148.

Y a los cuatro o cinco meses, pues ya empiezan todas a malear. A malear. A malear, malear. Ya dice la Juana, dice:

–Me voy –dice–, porque mi madre –dice– está enferma, y me tengo que ir –dice– a mi casa.

De modo que las nueve monjas llegaron los nueve meses y tuvieron nueve muchachos. Tós los recogieron pa frailes.

De modo que se quedaron y yo me vine[72].

Era una vez un paisano que estaba ya harto de trabajar, y entonces, dice:

–Ay, ya estoy muy *cansao* de trabajar!

Fue, y se disfrazó y se vistió de monja. Va a un convento y llama a la puerta. Y entonces, sale la madre superiora.

–¡Ay! ¿No tendrá *pa* poder dormir? Estoy *mu cansá* y ya estoy harta de trabajar y ya no…

–Bueno, bueno, ¿pues qué? Tengo *toas* las celdas ocupadas, pero, al fin y al cabo, ¿qué más da? Le pasaré *pacá*.

Conque coge y la pasa *pallá*. Y entonces, la primera noche durmió con la superiora, y después fue recorriendo las celdas y, claro, cada noche con una monja. Y las monjas engordaban. Y con eso dice la superiora:

–¡Ay, por Dios! ¡Esto no puede ser! ¡No puede ser! No puedo dejarlo así; mañana tengo que vigilar.

Coge una vela, va celda por celda, celda por celda, mirando. Cuando llega adonde él, se le apaga la vela y dice:

–¿Pero qué es esto, sor Campana?

Dice:

–El badajo, madre Juana[73].

Otras campanas, otros poemas, otros poetas

No es posible ensayar aquí ninguna antología de las campanas que suenan y resuenan en la poesía hispánica, ni siquiera de las que de manera más cercana pudieron influir en la poesía de Lorca. Ni tampoco de las muchas que cantan en no pocos resquicios de la obra del poeta granadino. Recuérdense solo las palabras de su hermana Isabel: "¡Hay tantas campanas y campanadas en su obra!". Evoquemos ahora solo aquellas que se dejan escuchar en el *Alba* del *Poema del cante jondo*, en que acaso haya una alusión a la de la Vela:

[72] La informante Teodora Barbero Cortés, de 80 años, fue entrevistada por mí en Miajadas (Cáceres) el 17 de abril de 1990.

[73] Camarena, 1991: núm. 271.

Campanas de Córdoba
en la madrugada.
Campanas de amanecer
en Granada[74].

Quizá sea obligado, eso sí, recordar los versos inolvidables de Rosalía, sin duda bien leídos y apreciados por Lorca, además de perfectamente acordados con los de su *Gacela IV*. Así lloraban, en gallego, nostalgias y abandonos de amor:

Campanas de Bastabales
cando vos oio tocar,
mórrome de soidades.

I
Cando vos oio tocar,
campaniñas, campaniñas,
sin querer torno a chorar.

Cando de lonxe vos oio,
penso que por min chamades,
e da entrañas me doio…[75].

Para ir terminando, unos versos de Antonio Machado, machaconamente escritos y reescritos, que se acogen al mismo estilo neopopular que fue tantas veces el estilo de Lorca. Su fuente poética y sentimental acaso sea la célebre cancioncilla infantil que rezaba "tilín tilán, / campanitas de San Juan, / unas vienen y otras van…":

Me despertarán
campanas del alba
que sonando están.
.....
En San Millán
a misa de alba
tocando están.

Escuchad, señora,
las campanitas del alba,
los faisanes de la aurora.

[74] García Lorca, 1998: 163.
[75] Castro, 1999: núm. 11.

Mal dice el negro atavío,
negro manto y negra toca
con el carmín de esa boca.

Nunca se viera
de misa, tan de mañana,
viudita más casadera.
.....
Las campanas del alba
sonando están.

Como lágrimas de plomo
en mi oído dan;
y en tu sueño, niña, como
copos de lana serán.

Tin tan, tin tan,
las campanitas del alba
sonando están.
.....
A la hora del rocío
sonando estan,
las campanitas del alba,
¡tin tan, tin tan!

Como lágrimas de plomo
en mi oído dan,
y en tu sueño, niña, como
copos de nieve serán.

Tin tan, tin tan, ¡Quién oyera
las campanitas del alba
sentado a tu cabecera!

Tin tan, tin tan,
las campanitas del alba,
sonando están[76].

Y una campana última, no en verso, sino en prosa. Pero en una prosa andalucista y popularista que tampoco andaba muy lejos de la estética de algunas páginas de Lorca:

[76] Machado, 1996: 214, 215, 217 y 225-226.

> Seguiré… diciéndote lo que nos decimos sin palabras a todas horas. Te quiero; me quieres. Me enamoraste el día aquel en que contabas que habías volteado la campana del Carmen porque tenías el alma llena de alegría y querías llevársela de alguna manera a unos campesinos que trabajaban lejos. ¡Alegrar el trabajo de los hombres! ¡Bendita tú, que eres capaz de pensarlo y hacerlo[77]!

Del amor que no se deja ver

La exploración de los círculos excéntricos y al mismo tiempo concéntricos en cuyo fondo se halla la *Gacela IV* de Lorca, con su sonora campana de la Vela, nos ha permitido recorrer una insólita geografía real (etnográfica) y simbólica (poética) de campanas que voltean al ritmo del puro (des)amor o del simple sexo. Campanas que suenan, teñidas tantas veces de sentimiento erótico, en el folclore, en la obra de otros poetas especialmente cercanos a Lorca, en los versos del mismo poeta granadino.

Del amor que no se deja ver, titula Lorca la *Gacela IV* de *El diván del tamarit*. ¿Porque el sonido de la campana no se ve, sino que se escucha? ¿Porque los versos de Lorca evocan un amor que fue solo soñado y deseado (como el inconcreto amor en que se quedarían tantas ansias de las mozas que iban cada año a tocar la campana de la Vela), o porque recuerdan un amor que fue demasiado fugaz o demasiado reservado?

No lo sabemos. Tampoco sabemos a ciencia cierta si Lorca asistió y contempló alguna vez, *in situ*, el ritual casamentero que las jóvenes granadinas observaban cada 2 de enero en La Alhambra. Hay muchísimas posibilidades, por supuesto, de que sí. Las tradiciones en torno a la campana de la Vela se hallaban plena y coherentemente imbricadas en la vida social de los granadinos, y muchas mujeres de su entorno habrían cumplido, más o menos en serio o en broma, con el tradicional rito. Conociendo la curiosidad del poeta por todo lo que se movía a su alrededor, en particular si estaba ligado con las tradiciones del pueblo, podemos dar por casi hecha su experiencia directa como acompañante y espectador, igual que sucedería con tantos otros varones, del rito inmemorial de las mozas granadinas.

José Manuel Pedrosa
Universidad de Alcalá

[77] Álvarez Quintero, 1993: 145.

Bibliografía

Alcalá Ortiz, Enrique, (1984-2005) *Cancionero popular de Priego. Poesía cordobesa de cante y baile*, 8 vols., Córdoba, Excma. Diputación Provincial-Excmo. Ayuntamiento de Priego de Córdoba-Asociación Cultural «La Pandueca».

Alonso Cortés, Narciso, (1914) «Cantares populares de Castilla», *Revue Hispanique* XXXII. 87-427.

Álvarez Curiel, Francisco, (1991) *Cancionero popular andaluz*, Málaga, Arguval.

Álvarez Quintero, Serafín, (1993) *El genio alegre*, Madrid, Espasa-Calpe.

Brown, Kenneth, (1995) «Doscientas cuarenta seguidillas antiguas», *Criticón* 63. 7-27.

Calle Sánchez, Ángel, Feliciano Calle Sánchez, Germán Sánchez García y Saturio Vega Ramos, (1995) *Entre La Vera y El Valle: Tradiciones y folklore de Piornal,* Cáceres, Institución Cultural El Broncense.

Camarena, Julio, (1991) *Cuentos tradicionales de León*, 2 vols., Madrid-León, Seminario Menéndez Pidal-Universidad Complutense de Madrid-Diputación Provincial de León.

Castillón Cortada, Francisco, (1986) «Supersticiones relacionadas con el culto a las piedras en la zona oriental oscense», *V Jornadas de cultura altoaragonesa*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses. 221-228.

Castro, Rosalía de, (1999) *Cantares gallegos*, ed. bilingüe de Mauro Armiño, Madrid, Espasa Calpe.

Córdova y Oña, Sixto, (1980) *Cancionero popular de la provincia de Santander*, 4 vols., Santander, Aldús, 1948-1949.

Delgado, Luis Domingo, (1986) «Las pullas», *Revista de Folklore* 62. 52-62.

Domínguez Moreno, José María, (2007) «El retrato erótico femenino en el cancionero extremeño: 4. Las mocitas de mi pueblo», *Revista de Folklore* 323. 147-158.

Escribano Pueo, M. L., T. Fuentes Vázquez, F., Morente Muñoz y A. Romero López, (1994) *Cancionero granadino de tradición oral*, Granada, Universidad.

García Lorca, Federico, (1981) *Primeras canciones. Seis poemas galegos. Poemas sueltos. Colección de canciones populares antiguas,* ed. Mario Hernández, Madrid, Alianza.

García Lorca, Federico, (1989) *Diván del Tamarit. Llanto por Ignacio Sánchez Mejías. Sonetos*, ed. Mario Hernández, Madrid: Alianza.

Fuentes, Tadea, (1991) *El folklore infantil en la obra de Federico García Lorca*, Granada, Universidad.

García Lorca, Federico, (1994) *Impresiones y paisajes*, ed. Rafael Lozano Miralles, Madrid, Cátedra.

García Lorca, Federico, (1998) *Libro de poemas [1918-1920]*, ed. Mario Hernández, Madrid, Alianza.

García Lorca, Federico, (1998) *Poema del cante jondo. Romancero gitano*, ed. Allen Josephs y Juan Caballero, Madrid, Cátedra.

García Lorca, Federico, (2006) *Mariana Pineda,* ed. Andrés Soria Olmedo, Madrid, Espasa-Calpe.

García Lorca, Isabel, (2002) *Recuerdos míos*, ed. Ana Gurruchaga, Barcelona: Tusquets.

García Matos, Manuel, (1951-1960) *Cancionero popular de la provincia de Madrid*, 3 vols., eds. Marius Schneider, José Romeu Figueras y Juan Tomás Parés, Barcelona-Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Garrido Palacios, Manuel, (1988) «Sanjuaneando», *Revista de Folklore* 94. 143-144.

Garrido Palacios, Manuel, (1991) «Apuntes etnográficos alrededor del niño», *El Folklore Andaluz* 6. 107-122.

Gomarín Guirado, Fernando, (2002) *Cancionero secreto de Cantabria*, Oiartzun, Sendoa.

Gomarín Guirado, Fernando, (2008) *Cantares galantes de tradición oral en Cantabria*, Santander, Bedia Artes Gráficas.

González Anaya, Salvador, (1944) *La oración de la tarde*, Madrid, Biblioteca Nueva.

González Bedoya, Jesús, (1982) *Rutas musicales de Cádiz, Granada, Almería, Córdoba y Huelva (toponimia andaluza en el cancionero folklórico)*, Madrid: [edición del autor].

«Han oído campanas», (25 de julio de 1931) *Heraldo de Madrid*.

«*Homenaje a Zorrilla, 1817-1917*», (1917) *Boletín del Centro artístico y literario de Granada*.

Horozco, Sebastián de, (1994) *El libro de los proverbios glosados* (1570-1580) I, ed. J. Weiner, Kassel, Reichenberger.

Ibáñez Ibáñez, Mª del Carmen, (1967) *Cancionero de la provincia de Albacete: colección de canciones recogidas de la voz popular en su más puro ambiente*, Albacete, [edición de la autora].

Jiménez Díaz, Nieves, (1997) «Historia de la campana de la Vela de La Alhambra: fundiciones, toques y campaneros», en *Las campanas; cultura de un sonido milenario. Actas del Primer Congreso Internacional*, ed. Francisco José Guerrero Carot y Eloy Gómez Pellón, Santander, Fundación Marcelino Botín. 457-478.

Laffranque, Marie, (1953) «Federico García Lorca. Textes en prose tirés de l'oubli», *Bulletin Hispanique* 55. 296-348.

Machado, Antonio, (1996) *Los complementarios*, ed. Manuel Alvar, Madrid, Cátedra.

Mántica, Carlos, y César A. Ramírez F., (1997) *Cantares nicaragüenses: picardía e ingenio*, Managua, Editorial Hispamer.

Manzano, Miguel, (1982) *Cancionero de folklore musical zamorano*, Madrid, Alpuerto.

Manzano Alonso, Miguel, (2001) *Cancionero popular de Burgos* II, Burgos, Diputación Provincial.

Marazuela, Agapito, (1964) *Cancionero Segoviano*, Segovia, Jefatura Provincial del Movimiento.

Martínez Torner, Eduardo, (1920), *Cancionero musical de la lírica popular asturiana,* Madrid, Nieto y Compañía.

Más y Prat, Benito, (15 de julio de 1883) «La campana de la Vela», *La Ilustración Española y Americana*, año XXVII, núm. XXVI.

Morote Magán, Pascuala, (1990) *La cultura popular de Jumilla II El cancionero popular*, Jumilla, Excmo. Ayuntamiento, Servicio de Publicaciones.

Panero, Juan Antonio, (2008) *Canciones tradicionales de Sayago*, Zamora, Aderisa.

Pelejero Ferrer, José, (1978) *Costumbres, leyendas, historias valencianas*, Valencia, [edición del autor].

Piñero, Pedro M., (2010) «Lorca y la canción popular. *Las tres hojas:* de la tradición al surrealismo» en «*La niña y el mar*». *Formas, temas y motivos tradicionales en el cancionero popular hispánico,* Madrid, Iberoamericana-Vervuert. 583-634.

Rodríguez Marín, Francisco, (1882-1883) *Cantos populares españoles*, 4 vols., Sevilla, Francisco Álvarez y Cía.

Sancho Panza, (13 de noviembre de 1892) "Cantares", *Don Quijote*. 1.

Suárez López, Jesús, (2005) *Cancionero secreto de Asturias,* Gijón, Fundación Municipal de Cultura, Educación y Universidad Popular.

Santos, Claudia de, Luis Domingo Delgado e Ignacio Sanz, (1988) *Folklore segoviano* III *La jota*, Segovia, Caja de Ahorros y Monte de Piedad.

Sevilla Muñoz, Julia, y María del Carmen Ugarte García, (2009) «Supersticiones y fraseología en Castilla», *Supersticiones y fraseología*, coordinadoras Julia Sevilla Muñoz y Maria Antonella Sardelli, Madrid, Universidad Complutense. 39-158.

Vallejo Cisneros, Antonio, (1988) *Música y tradiciones populares*, Ciudad Real, Excma. Diputación Provincial.

Zárate, Manuel F., y Dora Pérez de Zárate, (1999) *La décima y la copla en Panamá,* Panamá, Talleres de La Estrella de Panamá.